

# La que nos hizo reír

Pocas veces una sola persona combina en sí misma tantos elementos de la cultura popular nacional como Carmen Granados. Su arte, difícil de definir, combinaba en una deliciosa composición la música, la comedia y el folclore humorístico, creando en sus actuaciones una atmósfera entrañable, sencilla, directa, con frecuencia tan jocosa como conmovedora y crítica.

Cuando el centro de gravedad de nuestra cultura popular estuvo en la vida rural costarricense, Rafela encarnó la inocencia, la picardía, la humildad y la gracia de la mujer campesina, tal como la artista la reelaboraba. Esta mujer que había sufrido la doble crisis del desplazamiento del campo a la ciudad y del desprecio y la marginación capitalina a causa de su defectuosa educación y su habla "pola", que los ciudadanos escuchan con desprecio, y que además de ser mujer, era una empleada doméstica, se convertía en la heroína de cuentos en los que desfilaban todas las imágenes, símbolos, situaciones y escenas de la vida nacional, vistas y descritas por una campesina que contemplaba las cosas con ingenuidad crítica y mordaz.

Rafela era una víctima del desmantelamiento de la economía campesina y del exilio capitalino de la gente rural, que conservaba en su habla y sus costumbres la nostalgia de su adorada tierra natal.

Cuando el centro de gravedad pasó al área metropolitana, y la comunicación directa que se daba en el campo, fue mediatizada por el teléfono, la radio y la tele, Doña Vina se pegó al teléfono para matarnos de risa en sus regocijantes diálogos con interlocutoras invisibles

e imaginarias, a las que contaba chismes divertidísimos que nos retrataban casi a todos. Era la mujer citadina, alienada en la cárcel de su hogar, que no tiene a nadie con quien hablar y trata desesperadamente de mantenerse viva y cuerda hablando por teléfono.

Todas las frustraciones, la soledad, el resentimiento y la crítica implacable se volcaban en los bocetos monstruosos que doña Vina hacía de todos nosotros en sus conversaciones telefónicas por la radio. Doña Vina nos hacía reír mientras no llegara su marido, que siempre la hacía interrumpir abruptamente su conversación.

Cuando apenas empezaba a plantearse en la Costa Rica moderna el doloroso antagonismo de la pareja, que culminaría con las altas tasas de divorcio y los abismos que comenzaban a separar a la pareja costarricense en el seno del hogar, desembocando en la agresión doméstica, doña Macedonia y don Tranquilino se asomaban por las rendijas de la intimidad familiar de los ticos, y nos hacían reír con la tragedia secreta de la lucha familiar.

Carmen Granados nos permitió con sus canciones glorificarnos como ticos, tomar nuestro folclore en nuestras manos y recordarnos que somos un país de polos engraidos, que mirando la copia de la Opera de París construida en medio de un cafetal, confundimos un hermoso jardín tropical con un frío y lejano paisaje europeo. Carmen Granados nos ayudó a construir esa alma nacional de la que hablaba con orgullo y gracia en sus canciones y sus pequeñas y maravillosas comedias para sonreír y sonllojar.